

Unción», dijo una voz, y como un roble que se derrumba, cayó mi hijo redondo al suelo. «Yo creí que se morían los dos», me decía pocos días después la doncella. Yo también lo creí en aquel instante en que tenía su cabeza rubia en mis brazos; pero se levantó para mirar con admirable resignación cristiana el abismo profundo de su desventura. «¡Madre!», fué la única palabra que dijo al volver en sí, abrazándose al ver que María Teresa había subido al cielo; ¡pero esa sola palabra decía tanto...!

Ocupé mi puesto. El se dirigió automáticamente al armario, y sacando un sobre abierto, me lo entregó: «Di lo que hay que hacer; yo no puedo». Era su testamento. Estaba escrito de puño y letra de María Teresa. «Desea que la pongan el hábito del Carmen, y la entierren con la sortija de boda, y no le den coronas»—fui diciendo—. Y se cumplió su voluntad.

¡La llegada de su pobre madre, la Reina Cristina; de su hermano, el Rey, que tanto la quería, fueron momentos horribles!

Y sin embargo, se empezaba a sentir en la atmósfera la paz que, aun después de muerta, dejaba en nuestras almas.

Cuando trajeron el hábito, mi hija Pilar, que tanto la quería, ayudó a vestirla; Fernando la cruzó las manos, puso en ellas el crucifijo que tenía a la cabecera de la cama, y su rosario, y después las besó con la veneración que se besa a una santa, y se quedó allí, llorando en silencio.

No tenía valor para ver a los niños, ni quería alarmarlos con una explosión inevitable de dolor antes de que estuvieran prevenidos. Me encargó que fuera yo a decirles lo que había pasado. Aún me asombra la calma con que pronuncié estas palabras solemnes: «¡Dios ha llamado a vuestra madre!». «No queremos que se vaya»—me interrumpieron. «Cuando Dios llama, no hay más que obedecer»—les dije, con tal convicción, que viendo lo irrevocable de la sentencia, me preguntaron resignados: «¿Cuándo vuelve?». Todavía pude contestar: «Pasaré mucho tiempo antes de que la volváis a ver».

Puse en sus boquitas un candado de besos; besos de abuela, que vuelve a ser madre... Quedaron contentos, y yo salí corriendo del cuarto.

Iba anocheciendo, y mientras llegaba el ataúd, alguien me propuso rezar el Rosario; se lo dije a mi hijo, se arrodilló en seguida, y comenzó él mismo a correrlo en alta voz. Allí, al rededor de aquellos restos queridos, que con el hábito del Carmen descansaban rígidos sobre la cama se oyó en el silencio la voz de Fernando, que decía resignado: «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo», y la de Reyes, Grandes, oficiales y criados, que contestaban en coro: «Amén».

Era ya muy entrada la noche cuando pudimos bajarla a la capilla y colocarla al pie de aquel altar, donde ella se arrodillaba a diario ante la imagen de San Fernando.

Por ese motivo no se pudo dejar aquella tarde entrar al pueblo, que tanto lo deseaba; pero al día siguiente, después de una noche que nos pareció eterna, cuando acabaron las misas que se dijeron de cuerpo presente, desfiló por esta casa de la Cuesta de la Vega una multitud silenciosa, que otras veces la había aclamado en la Paloma y San Isidro, y que ahora se inclinaba triste ante su cadáver, murmurando una oración.

Para delicadeza de sentimientos, no hay nada como el pueblo español. ¡Es tan generoso, tan bueno, tan agradecido! Los criados de la casa no querían tomar la gratificación que, según costumbre, recibían en los bautizos de mis nietos; por fin, y a fuerza de ruegos por parte de mi hijo, la aceptaron, pero... para encargar un funeral en sufragio del alma «¡de la Señora!».

En el momento que salió de casa para El Escorial, pasó por mi mente todo lo que llevaban a enterrar: ¡aquel recuerdo vivo de mi hermano, a quien tanto se parecía; la felicidad de mi hijo, la madre de mis nietos, la esperanza de mi vejez!

¡Qué tranquilidad inmensa era para mí

pensar que el día en que yo cerrase para siempre los ojos dejaba todo en sus manos!

Sé que desde el cielo ella velará sobre todos nosotros; pero, ¡qué vacío ha dejado en la tierra!

Mi pobre hijo decía que los siete años que han estado juntos, adivinándose los pensamientos el uno al otro, le habían parecido un día, y ahora cada día le parece un siglo; pero seguimos arrodillándonos todas las noches en la capilla de su casa, ante el cuadro de San Fernando, y rezando el Rosario dice mi hijo en alta voz: «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo», y nosotros contestamos: «Amén».

PAZ,

«Infanta de España.»

Cuestión de tela

—Mamá, la señorita Antonia, ¿se ha metido fregatriz?

—¿Por qué es la pregunta, chiquilla? ¿Quién te ha apuntado semejante disparate?

—Lo digo porque sale a paseo con los brazos remangados como Celedonia cuando friega los platos.

—Vaya, te digo que eres una tontina, hija mía, ¿no sabes que la moda es la que impone ese escote?

—Lo sé, pero creo que la moda no puede imponer indecencias, digo, cosas de fregadero.

—¡Con que cosas de fregadero! ¿eh? ¿Eso aprendes en el colegio? ¡Vaya la muy monjita! Ya te volveré yo a mandar a las Pastoras para que después vengas criticando al gran mundo!

—¡Pero, mamá, si usted reprendió ayer a la cocinera porque salió remangada a abrir la puerta a títí Flora que también venía con los brazos al aire!

—Y ¡qué tiene que ver una cosa con otra?

—Pues tiene mucho que ver: porque lo que no es lícito para la cocinera tampoco lo es para la señora.

—Y ¿dónde ha aprendido la señora teóloga tanta moral?

—En la ley de Dios, que no admite como la del embudo, aceptación de personas...

—¡Calle, usté la boca, mentecata! Pues no faltaba más que una chicuela viniera ahora a ridiculizar el último figurin parisién! ¡Vaya la muy pazguata! Apostaría a que tu tío el generalote, ese come-santos, te ha indicado algo!

—No, señora, lo que me dijo fué que iba a regalar a una sobrina que él quiere mucho, una gola. Yo me eché a reír y le dije que eso era insignia que los oficiales ponían cuando estaban de guardia; y él me contestó que no estaba de más en el cuello de algunas señoras para guardar la riquísima joya de la pureza.

—¡Ese bigotazos había de ser! ¡Qué le parece a usté del militarote! ¡Más valiera que se fuera a matar moros y dejara a las señoras en paz! ¡Cuidadito con pisar la casa de tu tío! ¿Lo entiendes?

—Sí, señora, lo entiendo y la obede-

ceré a usté en lo lícito, nada más que en lo lícito, porque eso es lo que me manda Dios.

—Y ¿qué se quiere decir con eso?

—Que yo no necesitare gola, ni tampoco me llamarán fregatriz.

—¡Usted hará lo que su madre le mande! El cuarto de los pecados capitales es, honrar padre y madre... Con que ¡a callar!

—¡Pero, mamá, si es el cuarto de los mandamientos de la ley de Dios!

—He dicho que ¡chitón! ¡y esta tarde sin paseo y a la noche sin postre!.....

EL BARQUERO DE SOLÍA.

Sección agrícola

¡mitémoslos y... pronto

«En la unión está la fuerza»; ¡lle-váis cuenta de las veces que han escuchado vuestros oídos, que han pronunciado vuestros labios, este aforismo?—no es fácil, unión; he ahí el ambiente que nos rodea, la atmósfera que respiramos, el imán que nos atrae, pero cuya fuerza es impotente para estrecharnos y fundirnos en apretado haz: si nos preguntamos a nosotros mismos, si preguntamos por la causa de nuestra desunión, de nuestro individualismo, sale al punto nuestro carácter independiente, nuestra tradicional altanería, nuestras necias preocupaciones, y sobre todo, nuestros personalismos y nuestras mezquindades.

Y nadie ignora sin embargo que la asociación es un manantial inagotable de dicha y de felicidad, y ciego ha de estar quien no alcance a ver las ventajas económicas que una federación de obras sociales agrarias había de reportar al más humilde de los agricultores. Números cantan ¿verdad? Pues vayan números, ya que las teorías y los argumentos especulativos perdieron, para muchos de nuestros lectores, la fuerza persuasiva.

La católica Bélgica, heraldo de la acción social más racional y concienzuda, nos ofrece hoy el cuadro de honor que vamos a exponer a las miradas de nuestros lectores, encerrado en el estrecho y escueto marco de las cifras matemáticas.

La liga de Campesinos belgas, denominada «Boerenbond», cuenta con más de cuarenta y siete mil asociados. Un número considerable de federaciones están afiliadas a él. Los beneficios que obtiene en todo orden de asuntos, supera y con mucho a los cálculos más halagüeños; vamos a limitarnos a los de orden puramente económico:

La oficina de compra-venta adquirió en 1911, para las asociaciones afiliadas, abonos químicos por valor de cerca de *dos millones de francos* (más de treinta millones de kilogramos); materias alimenticias para el ganado, por más de *siete millones de francos*;

(cerca de cien mil francos de semillas; y máquinas agrícolas por más de cien mil francos.)

De la Caja central de crédito diremos solamente, para dar una idea de su importancia, que en dicho año recibió en depósito, de sus miembros, más de sesenta millones de francos.

La sección de seguros contra incendios había hecho cerca de nueve mil pólizas, que representaban más de noventa millones de francos.

La de seguros contra la mortalidad de los animales, para las sociedades de dos regiones, el Brabante y Limburgo, había asegurado por valor de más de treinta y cinco millones de francos.

¿Qué sensación experimenta nuestro espíritu ante esas cifras? ¿de envidia? ¿de acicate y noble emulación? Ahora bien: ¿por qué no se hace en España algo parecido?

Pues por eso: porque aquí son muchos los que dicen que hay que hacerlo, y muy pocos los que hacen. Y esto no es lo peor, sino porque son muchísimos los que amontonan dificultades donde no las hay y siembran la desconfianza en el ánimo de los sencillos y amenazan ceñir con el helado círculo de la apatía e indiferencia, los ardientes entusiasmos de personas desinteresadas, que se acercan al agricultor. Triste suerte la de esos ciegos voluntarios, cuyo único oficio es el de planifieras que se lamentan de las miserias y calamidades que por todas partes nos rodean: pereza, egoísmo y comodidad, he ahí la clave que resuelve el problema de la apatía y frialdad de muchos católicos en la cuestión social agraria.

Charla

—Buenas tardes, don Juan, ¿Pudiera usted darme un pitillo?

—Toma.

—Ahora... si tuviese una cerilla...

—Tómala. ¡Caramba, qué desprovisto andas!

—¿Qué quiere usted. Todo me lo lleva el chigre.

—¡Como se lo lleva a otros muchos. Así os luce el pelo.

—Verdaderamente; y quede aquí para entre los dos, que si no fuera el maldito secaño, andaríamos mejor de estómago y de indumentaria.

—Y de sentido comun que lo teneis embotado.

—Pero... bueno... es lo que yo me pregunto muchas veces; si uno no va a distraerse al chigre ¿dónde mil demonios pasamos el rato?

—Donde lo pasan otros que son buenos hijos de familia y buenos esposos y buenos padres.

—Todo eso se puede ser aun yendo al chigre.

—No lo niego, pero es muy difícil,

y sino fijate en las estadísticas de criminalidad.

—No dejo de comprender, ya ve usted si soy razonable, que en el chigre aun sin uno quererlo, se tienen peloterías peligrosas, pero hablando y oyendo hablar allí se ilustra uno...

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué se rie usted?

—De tu candidez. ¿A qué llamas tú ilustración?

—¿Yo?... pues... a eso... a saber muchas cosas... que pasan.

—Oídas de boca de algún *quidam*, entre blasfemia y blasfemia o leídas en alguno de esos periódicos que viven del chantaje y de la calumnia.

—El otro día leyéronme de «El Motin» o de «El País»...

—¡Buen par de pejes! El uno encubridor de criminales, calumniador y blasfemo de oficio, y el otro guarida de curas renegados.

—Pues era en uno de esos periódicos, que las órdenes religiosas había que expulsarlas de este país porque eran enemigas del pueblo y de no se cuantas cosas más.

—Y vosotros, sin más averiguaciones, os quedásteis tan frescos y eso que tan fácil es de demostrar lo contrario; es decir, que las órdenes religiosas, o sean los frailes y las monjas, son y fueron siempre plantel abundantísimo de virtudes, de héroes, de sabios y de santos y los mejores amigos del pueblo; sólo que la granjería andante y la ignorancia ¿qué han de pedir como primera medida para la impunidad de sus fechorías y desaciertos sino la expulsión, la destrucción de gente tan virtuosa e ilustrada?

—Ustedes ¿qué han de decir? esos son de los suyos...

—Pero so... cándido, ¿no tienes ojos para ver, oídos para oír y conocimiento para juzgar por tí mismo? ¿No te estoy diciendo que ello es fácil de comprobar? ¿Cuándo y en qué ocasión, con pruebas ciertas, claras han podido comprobarse todas esas infamias que de los religiosos cuentan «El Motin», «El País», «El Herald» etc. etc? Es más, en momentos en que estos mismos periódicos la pasión sectaria no les ciega, o están libres de algun plan de secta, rinden tributo de justicia y admiración a esas órdenes religiosas, que para más parecerse al Divino Maestro son como El perseguidas y crucificadas!

Precisamente aquí en el bolsillo llevo dos diarios de la corte, uno de ellos, míralo, nada clerical, que vienen a testimoniar todo esto que te digo. Lee... si sabes.

—Algo de letra, sí, se, aunque poco. Veamos:

«El *Diario Universal* describiendo el Hospital Provincial de Madrid, confiesa que dicho establecimiento ha progresado, se sostiene y puede, sin avergonzarnos, recibir la visita de los extranjeros que concurren al Congreso médico, merced a...

¿Desean nuestros lectores saber el

nombre de quien, durante treinta años ha sido «el alma y la vida de aquella santa casa», «de la persona más saliente que maneja el timón de la complicada nave y la conduce a puerto seguro, salvando los escollos y las borrascas de nuestra administración provincial», de la que atesora «tan especialísimas cualidades y se rodea de tan grandes respetos que, ante ella, se contienen los litigios, las rencillas y las pasiones humanas»; «de la que ofrece una obra colosal de beneficios que el visitante ve y el enfermo disfruta»; de la que ha hecho, sin gravar los exiguos recursos de la Diputación, las magníficas salas de operaciones y dotado al establecimiento de pisos de mármol, de ropas abundantes, de gran cocina y de inmenso lavadero»; «de la que lleva gastados en mejoras del hospital, más de SEISCIENTOS MIL DUROS, reunidos con limosnas que le mandan o que pide de casa en casa»; de quién «nadie duda y a la que ni envían instrucciones, ni piden comprobantes las personas que le dan una peseta o le legan 20.000 duros»?

¿Quieren saberlo?

Pues aguarden un poco, que el párrafo anterior, resumen de lo mucho que dice el *Diario Universal*, nos deja sin resuello.

La persona que tanto bien hace, la que ha preparado un palacio para los pobres; la que escucha a su paso un elocuente rumor, formado por «las expresiones de gratitud de millares de criaturas que salen del hospital con salud, con ropas y con donativos en metálico»... no es Morayta, ni Romanones, ni Canalejas, ni Bonafulla, ni la Claramunt, ni Rodrigo Soriano, ni Blasco Ibañez, ni el obispo Cabrera, ni la Belén; no es ningún anticlerical, radical o superhomo; ni voceador político, ni regenerador a la violeta, ni filántropo al uso, ni partidario de la caridad bailable, representable y toreadable;... sino una modestísima mujer que, llena de amor de Dios, en Dios ama al prójimo, y vistiendo el humilde hábito de las hijas de San Vicente, cubriendo su cabeza con la cándida toca y colgando de su cintura el rosario bendito, sin discursos, sin alharacas ni cacareos, ha pasado cuarenta años sirviendo a la Humanidad.... Es Sor Francisca, aquella a quien, periódicos tan radicales como el mencionado, doblando la anticlerical cabeza ante la toca, el rosario, y el hábito de la hermana de la Caridad, hábito, rosario y toca símbolos acabados del clericalismo, la llaman «madre de los desamparados».

—¿Buen parrafito, eh?

—Caramba!... yo no sabía de esto...

—Pues ahora lee lo que dice este reporter en su visita a las Hermanitas de los Pobres y verás más de esos enemigos del pueblo que tus regeneradores quieren echar poco menos que a puntapiés:

«Vea usted: los tenemos de todas

las clases sociales... Ve usted aquí antiguos propietarios, que vivieron una vida fastuosa...; otros que firmaron nómina del Estado, desempeñaron cargos civiles de importancia o figuraron en los escalafones del Ejército... Los hay arruinados por reveses de fortuna. Los hay que vivieron siempre en la indigencia. Tenemos viudas de hombres conocidísimos en su tiempo; viejecitas decrepitas que dieron su fortuna a hijos ingratos y esos hijos las abandonan en su vejez; otros muchos, en fin, a quien los hijos no pueden sostener y a quienes acoge la caridad. Pero todos fraternizan, comparten sus desgracias o sus recuerdos y son... los viejecitos de las hermanitas de los Pobres.

—En ellos, en los viejos, se observa una transformación lenta, pero muy grande. La vida fué para ellos, por lo general, dura; la vejez llegó con su inevitable cortejo de achaques y debilidades. La triste realidad de miserias y de sufrimientos fué agobiándolos, y poco a poco empezaron a soñar con una vida tranquila, plácida, como refugio postrero, con los umbrales de la muerte. El cariño de las hermanitas, que los cuidan con filial solicitud; el contacto con los otros ancianos, alegres y contentos; la mutua confesión de penas y desdichas; el retorno a la religión, que pone en sus almas una esperanza y una fe, completan la obra.

Pronto se disipa la tristeza, los rostros se animan, la alegría renace, el pasado se hunde en los recuerdos, y con los ojos fijos en el verdadero ideal de la existencia humana, sólo aspiran a un cielo, a una vida perdurable, que Dios les promete y para la cual hubo de crearnos...

—Hacen una vida con el «máximo» de libertad. La mayor parte de ellos oyen misa a las seis, y se desayunan con café con leche. Pasean por el jardín unos, leen otros, forman sus tertulias o permanecen en sus sillones, tomando, el sol hasta la hora de la comida, en que les damos un plato de sopa, un cocido y un principio ligero. Cada uno bebe una copita de vino. Por la tarde, reanudan sus paseos, reciben visitas los que tienen familia. Fuman, se entretienen recordando sus antiguos oficios, zapateros, carpinteros, etc., etc. Tres o cuatro cuidan el jardín y la huerta. La cena consiste en un plato de legumbres y otro de carne... cuando se puede, o de pescado. Se acuestan a distintas horas, pero lo más tarde a las ocho.

—¡Los pobrecitos! Hay que limpiarlos, lavarlos, vestirlos, acostarlos; en fin, lo que se hace con los niños...

¿Que con qué medios contamos para sostener todo esto?

—Con la Divina Providencia, con la ayuda de Dios, que no nos falta. Nosotras no tenemos ni podemos te-

ner bienes ni rentas de ninguna clase. Nuestra única y exclusiva fuente de ingresos es la limosna, la caridad.»

—¡Esto es admirable, sublime!...

¡Coime, qué mentecatos semos!

—¿Sabes lo que uno de vuestros protectores e instructores, el gran Malthus, decía de los viejos y de esos otros pobrecitos que por su inutilidad física resultan una carga para sus semejantes? Que se les quitase de en medio cuanto antes si ellos no tenían energía suficiente para suicidarse; que no era humano amargar con sus lacerías incurables, por razón de la edad o de defectos físicos, el goce de la gente joven y robusta»

Compara procedimientos con procedimientos. Mira de lo que es capaz el hombre sin Dios que no entiende el amor al prójimo sino en cuanto no le traiga alguna utilidad personal. Ahora tú verás a quién te arrimas, pobre amigo. En Francia y en Portugal se ha expulsado a los religiosos y el pueblo los echa muy de menos. Otras naciones como las repúblicas americanas, Inglaterra y Alemania, ambas protestantes, Italia y muchas más los solicitan porque saben lo que son y lo que valen. Con que... a tiempo estamos para no consentir el atropello que se prepara por quienes sí que debieran ser expulsados muy lejos, de esta patria siempre noble y católica.

¡ANUNCIANTES!

no desatendais esta **Sección** que invierte sus utilidades en libretas de la Caja de Ahorros, para familias pobres: : : : : :

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJON

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM. 16
Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez a una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los siete años de existencia: 6.871.003,01 pesetas.

Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abona esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables a la vista.—El 3 y medio por 100 anual a las imposiciones reembolsables a los seis meses.—El 4 por 100 anual a las imposiciones reembolsables a doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas a seis pesetas, y se alquilan a dos reales al año, para ahorrar a domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los siete años de existencia: 7.530.911,14 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 a 12 y de 3 a 6

Correspondencia administrativa

Sr. D. G. F.—Nembra.—Pagó a fin 1912.
Sr. D. I. de A.—Madrid.—Id. id. Marzo 1913.
A. B. P.—S. Fernando.—Id. primer semestre 1912.
Sr. D. M. M.—Villacastin.—Id. a fin Septiembre 1913.

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1875
Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas ó correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok ó solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas etc.

Consejo de un protestante

(Histórico)

Refieren de un amigo de Lutero, Que su madre, llorosa y afligida, En las últimas horas de la vida Le llamó y dijo así: Hijo, yo muero, Mas antes de mi muerte saber quiero Si es más seguro terminar la vida Muriendo protestante, o convertida De la Iglesia al católico sendero.— Melancthon, aunque siempre fué embustero, Esta vez contestó la verdad pura: —En la Reforma,—respondió sincero, Se vive, madre, con mayor soltura, Más para morir bien... ¡pese a Lutero, La católica Iglesia es la segura.

Fr. Ambrosio de Valencina.

La asignatura de Religión.—Es verdaderamente lamentable, que en un tiempo tan necesitado de instrucción religiosa, sean tantos los padres que prescinden de matricular a sus hijos durante el periodo del bachillerato en la asignatura de religión.

No es necesario encarecer la importancia de esta enseñanza, base de la felicidad del individuo en lo temporal y en lo ultraterreno y de la renovación moral de la sociedad.

En la ignorancia de esos principios, base de las relaciones esenciales de la vida, está la causa de la decadencia de la sociedad y es deber de todos, y en especial de los padres de familia remediar el mal, proporcionando a sus hijos ocasión de adquirir una instrucción sólida.

De lo contrario, si mañana un gobierno quiere suprimir la asignatura de Religión tendrá un argumento en la incuria de los mismos católicos.